



## COMULGAR EN LA INICIACION CRISTIANA

### Escrito dominical, el 3 de mayo

Recibir a Cristo sacramentado en la Eucaristía es algo grande, es alegría que sólo los de casa conocemos en profundidad y nunca llegamos hasta el fondo de ella, porque es el amor de Jesús hecho pan y vino, alimento sustancial. Y es lógico que en la comunidad cristiana y en las iglesias domésticas, que son cada familia, se le dé importancia y se prepare con primor. Entiendo la ilusión de tantos padres y madres porque sus hijos van a hacer la Primera Comunión en este tiempo pascual. Pero hay mucho despiste en ocasiones en torno a este último sacramento de Iniciación cristiana, el único que se recibe muchas veces, porque es alimento y cercanía con quien más nos quiere: el Hijo de Dios resucitado, amigo para siempre.

¿Cómo acertar para llegar al corazón de los padres y familiares y orientar hacia lo realmente importante en este sacramento de Iniciación? No estoy pensando en que los niños de 8/9 años sepan todo, no se despisten o no se pongan nerviosos en la celebración. Me interesa más que el niño o la niña sepan por qué necesitan ese sacramento de Iniciación, pues les introduce en el domingo y en la celebración *cada domingo* de la Santa Misa. Y eso es muy difícil sin que los padres valoren lo que significa reunirse con los demás cristianos el sábado tarde o el domingo para celebrar la Eucaristía. Aquí el ejemplo de los padres es absolutamente vital y poco adelantamos con que se quede todo en una fiesta por muy bien preparada que salga, si al domingo siguiente los padres no van a Misa con sus hijos. ¿Por qué ese deseo, pues, de que los hijos celebren la Primera Comunión? El deseo es bueno, pero no basta, si no superamos la barrera de una fiesta religioso-social, que no afecte a la vida del niño y de su familia.

Lo que yo veo en la Tradición genuina cristiana es que "Sólo pueden participar de la Eucaristía los que admiten como verdadera nuestras enseñanzas, *han sido lavados en el baño de regeneración* (el Bautismo) y del perdón de los pecados y viven como Cristo nos enseñó" (San Justino, siglo II). La razón es muy clara: el pan y la bebida que tomamos en la Misa no los recibimos como pan y bebida corrientes, sino que así como Jesucristo, nuestro Salvador, se encarnó por la acción del Verbo de Dios y tuvo carne y sangre por nuestra salvación, así también se nos ha enseñado que aquel alimento sobre el cual se ha pronunciado la acción de gracias es la carne y la sangre de Jesús, el Hijo de Dios encarnado. Es lo que dijo Cristo: *Haced esto en memoria mía; éste es mi cuerpo; ésta es mi sangre*.

Por eso, "...el día llamado del sol, nos reunimos en un mismo lugar, tanto los que habitamos en las ciudades como en los campos, y se leen los comentarios de los apóstoles y los escritos de los profetas, en la medida que el tiempo lo permite. Después, cuando ha acabado el lector, el que preside exhorta y amonesta con sus palabras a la imitación de tan preclaros ejemplos. Luego nos ponemos en pie y elevamos nuestras preces; y, como ya hemos dicho, cuando hemos terminado las preces, se trae pan, vino y agua; entonces el que preside eleva, fervientemente, oraciones y acciones de gracias, y el pueblo aclama: *Amén*. Seguidamente tiene lugar la distribución y comunicación, a cada uno de los presentes, de los dones sobre los cuales se ha pronunciado la acción de gracias, y los diáconos los llevan a los ausentes" (San Justino).

Así de sencillo es participar los cristianos en la Eucaristía en el "día del sol", esto es, el domingo; los niños bautizados, que ya pueden entender lo que es la Eucaristía en su nivel de conocimiento, y se han acostumbrados a asistir a la Misa del domingo, comulgan por primera vez y ese día hacemos más fiesta. Nada más y nada menos. Todo menos jugar con los niños, como si sólo fuera la primera comunión *un día*, y no un comenzar esa comunión cada domingo. Desde aquí, por eso, felicito a los padres, a los niños, a sus catequistas, a sus sacerdotes que en este tiempo asistirán a ese día especial de la Primera Comunión, pero que es, en realidad, iniciarse al domingo y a la Eucaristía comulgando.

✠ Braulio Rodríguez Plaza  
Arzobispo de Toledo y Primado de España

## SITUACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA QUE VIVE NUESTRO PUEBLO

### Escrito dominical, el 10 de mayo

Con cierta frecuencia, en estas páginas, trato temas que podríamos denominar “sociales”; otras veces he aludido a temas “políticos”. ¿Cuál es la razón de hablar de estos temas? Nada tienen que ver con la actividad propiamente política, que no me compete; mucho menos la confrontación política entre partidos diferentes. No. Pero tengo, como obispo, la posibilidad de iluminar, siempre desde la Doctrina Social de la Iglesia, la situación social y política que vive nuestro pueblo, pues, como comunidad eclesial, los católicos de Toledo no viven fuera de la historia ni de los avatares que se van sucediendo en nuestra sociedad.

Decía hace poco el Presidente de la Conferencia Episcopal Española, en la última Plenaria de Obispos, que la posición de la Iglesia no es, desde los inicios mismos de la llamada Transición política –en la que tuvo un destacado papel en la recuperación pacífica de los derechos y libertades- la de *un contrincante político*. Su papel no es de orden partidista, sino de orden pastoral, de *iluminar conforme al Evangelio la conciencia de sus fieles* para que su actuación, con personal responsabilidad, sea coherente con su fe como ciudadanos que son también de pleno derecho.

Todo lo cual significa, en mi opinión, que este es cometido evangelizador de la Iglesia en la sociedad civil de nuestra patria, donde tiene un espacio cualificado por su significación histórica y social, que viene marcado por dos coordenadas: *independencia y colaboración*. Es bueno recordar aquí que la Constitución española determina que, respetando la aconfesionalidad del Estado, contempla el hecho religioso, también la fe católica, como realidad positiva que contribuye a la construcción social. Algo, por desgracia, olvidado en ocasiones por grupos e incluso partidos políticos, que no abandonan su concepción de que la Iglesia son los clérigos y apenas contribuye al bien de la sociedad, y que mejor está en el ámbito privado, sin que expliquen mucho lo que eso significa.

Por esta razón, me parece importante resaltar que en el espacio público la Iglesia siempre trabajará por realidades innegociables, como son *el derecho a la vida* desde la concepción hasta su fin natural, *el verdadero matrimonio* y la armonía y estabilidad familiar, *el derecho de los padres a la educación de sus hijos conforme a sus convicciones*. Y lo que decimos es que todos ello está en consonancia con lo que muestra el Evangelio, en el que prima ante todo la opción preferencial por el amor y la misericordia de Dios para con los más débiles y pobres de la sociedad.

¿Quiere esto decir que los católicos somos perfectos y nos colocamos en un ámbito ideal, sin implicarnos en los problemas de cada día? Sabéis, hermanos, que no es así. Que respetamos la legítima autonomía del orden temporal (cf. *Gaudium et spes*, 36); pero que este respeto no puede significar prescindir del recto orden moral y de las verdaderas exigencias de la naturaleza humana. Decía el Cardenal R. Blázquez en el discurso antes citado que “en una sociedad civil no ha de extrañar que los católicos tengan una voz coherente con su en los asuntos públicos, en el diseño de la vida social y cultural. Convicciones profundas que, por otro lado, están en las raíces más fecundas de la historia y señas de identidad de nuestro pueblo y han informado su caminar por la historia”.

Siempre es necesario que los católicos, especialmente los fieles laicos, vivan, personal y asociadamente, con coherencia responsable y alegre, la fe en la calle, en la vida social y política, en el ejercicio del voto o de la representación y actividad política, en la familia y con los amigos, en la cultura y en el arte, en el trabajo y en la diversión, para contribuir a un mundo mejor y defender la dignidad del ser humano, que solo se esclarece plenamente a la luz de Jesucristo, el Verbo encarnado (cf. *Gaudium et spes*, 22).

✠ Braulio Rodríguez Plaza  
Arzobispo de Toledo y Primado de España

## PEREGRINACIÓN

### Escrito dominical, el 17 de mayo

Entre los días 15 al 20 de mayo, fieles cristianos de Toledo, con sacerdotes y los obispos, peregrinamos a Roma. Es peregrinación diocesana a las tumbas de los Apóstoles y, Dios mediante,

nos encontraremos con el Papa Francisco, al menos en dos ocasiones: la canonización de algunos beatos y la audiencia general en la Plaza de san Pedro. Queremos también conmemorar otra gran peregrinación diocesana en 1992, acompañando al Cardenal Marcelo González Martín; por ello, se nos ha permitido celebrar la solemnidad de las Ascensión del Señor en la basílica vaticana la tarde del sábado 16 de mayo, pues en aquel año de 1992 el Papa Juan Pablo II quiso celebrar en el Altar de la Confesión la Misa en el Venerable Rito Hispano-Mozárabe.

Esta peregrinación es igualmente Jornada Diocesana de fin del curso pastoral; ciertamente no podrán participar tantas personas como otros años, pero éste es una excepción, pues, centrada nuestra tarea en “redescubrir la parroquia como familia de familias”, nos abrimos de este modo como Iglesia particular de Toledo a la Iglesia universal en un ejercicio sencillo pero significativo de comunión con “aquel en quien hoy vive Pedro, el Papa Francisco”. De modo que no perdemos de vista que como Diócesis estamos implicados en ***“Impulsar la nueva evangelización, para la familia y desde las familias, inspirada en el proceso de Iniciación Cristiana”***. Esa es la finalidad de todo el Plan Diocesano de Pastoral. Ir a Roma, en esta ocasión, no es simplemente una excursión de turismo religioso.

Importancia tiene, en consecuencia, las celebraciones y la oración en común de esta peregrinación. Destaca, sin duda, la Misa en Rito Hispano-Mozárabe ya aludida en el alta de la Cátedra de la basílica vaticana el día 16; o el rezo de Vísperas el viernes 15 en la iglesia española de Montserrat; o la asistencia a la canonización en la Plaza de san Pedro y las Vísperas Bautismales en la catedral del Papa, san Juan de Letrán el domingo 17 de mayo. Viajaremos a Asís, y también a la ciudad de Orvieto, cerca de Roma, pues en ella la fiesta del Corpus es intensa así como la procesión eucarística llamada de la Minerva.

Tendremos ocasión, Dios mediante, de vivir la intensidad de las audiencias del Papa Francisco en la Plaza de san Pedro, el miércoles 20, día final de la peregrinación. Su catequesis y su cercanía nos ayudarán, pues seguirá hablando sin duda de la familia en todos sus ricos matices, en este año donde el Sínodo ordinario de los Obispos volverá a tratar lo que comenzó el año 2014: la familia.

Yo, vuestro obispo, con el obispo auxiliar os pedimos oraciones por nuestra Iglesia, por sus tareas apostólicas y de ayuda a los más pobres, para que seamos audaces en propuestas y cercanía sobre todo a los adolescentes y jóvenes, tantos de ellos que serán esposos pronto, unidos en Cristo, familias que transmitan la fe de nuestros mayores renovada siempre por el Señor. No nos faltará la fuerza del Espíritu Santo ni la intercesión de la Virgen, Madre Dios. A ella oramos con confianza.

✠ Braulio Rodríguez Plaza  
Arzobispo de Toledo y Primado de España

## PENTECOSTÉS

### Escrito dominical, el 24 de mayo

Hemos padecido, o estamos padeciendo, muchos deslumbramientos: el del progreso, el salir a toda costa de la crisis (¿solo económica?), el de la libertad, el de la indiferencia religiosa, que es un materialismo teórico o práctico, el del consumismo... En resumen, el deslumbramiento de nuestra propia mundanidad. Los que somos mayores nos quejamos a veces de los jóvenes, pero ellos no hacen sino vivir a cara descubierta lo que la generación anterior está viviendo desde hace unos cuantos años, sin atrevernos siquiera a confesárnoslo a nosotros mismos.

La fiesta de Pentecostés es una buena oportunidad para pensar cuál es el espíritu que verdaderamente inspira nuestra vida. Entre nosotros los cristianos, unos ponen gran interés en conservar las cosas tradicionales; otros quieren renovar la Iglesia como si ésta fuera una institución exterior a nosotros mismos, sin pararse a pensar si ese es el espíritu de Jesús; la mayoría viven en una especie de hibernación espiritual: dan señales de vida cristiana, nadie sabe con qué hondura o con qué sinceridad, solo en algunos momentos de la vida o en ciertos acontecimientos sociales y religiosos.

Pero en la concepción cristiana de la vida, la fiesta de Pentecostés tiene una importancia de primera clase. Además de terminar los hermosos 50 días de Pascua, celebramos la inauguración de una humanidad nueva por el poder de Cristo resucitado que está entre nosotros y nos comunica el Espíritu Santo, el aliento y la fuerza de Dios para vivir con Él y como Él una manera de vivir diferente: una humanidad justa, libre de toda esclavitud e idolatría -¡ay las modernas idolatrías!-

; una humanidad fraterna, solidaria, esperanzada. Eso, ni más ni menos, es o tiene que ser la Iglesia: la reunión de todos los que, en continuidad histórica con Jesús y en comunión profunda de espíritu con el Señor resucitado y viviente, queremos vivir animados, movidos y fortalecidos por el Espíritu de Dios, que hemos recibido y que recibimos a diario por la fe y los sacramentos.

Nuestra sociedad y la cultura que genera, fundadas tantas veces en la pretensión de explotar y disfrutar del mundo y de la vida cuanto sea posible, no cuenta, por desgracia, con el trabajo honrado y para todos, ni con el dolor, ni con la muerte, porque no cuenta con que el pecado sigue siendo una ruptura interior grande en el ser humano. Pero está ya está demostrando trágicamente sus graves contradicciones, su radical insuficiencia e inviabilidad. Dispuestos a disfrutar, el hombre y la mujer rehúyen el esfuerzo, la abnegación; y se toman fácilmente los caminos anchos de los vicios, de las trampas, de la mentira, de la irresponsabilidad y de la violencia. Resultado frecuente: no hay razones para afrontar los aspectos duros de la vida y se tiende a lo fácil.

Creemos en Pentecostés porque creemos en el poder de Cristo resucitado para encabezar una humanidad distinta; y creemos en Cristo resucitado porque creemos en Dios todopoderoso y cercano que quiere ayudarnos a descubrir y realizar todo lo que ha puesto dentro de nosotros. Necesitamos su Espíritu para vivir como seres humanos, para poder vivir con sobriedad y serenidad, con fraternidad y esperanza. Necesitamos esta fuerza interior que nos haga capaces de revisar y reconstruir nuestra vida, purificar y dignificar nuestras aspiraciones más profundas. Sólo con Él y desde Él es posible descubrir la verdad de nuestra humanidad. Y porque nos hace tanta falta, en estos momentos críticos, la iluminación y la fortaleza del Paráclito decimos desde el corazón. “Ven, Espíritu Santo”.

✠ Braulio Rodríguez Plaza  
Arzobispo de Toledo y Primado de España

### **LAS MONJAS CONTEMPLATIVAS EN EL AÑO DE LA VIDA CONSAGRADA Y AÑO JUBILAR TERESIANO**

#### **Escrito semanal, el 31 de mayo**

Escribo pensando en la vida de las Monjas Contemplativas y el don que supone para la Iglesia entera su consagración, sus personas; pero viendo también sus problemas, sus dificultades, su dolor por la falta de nuevas vocaciones. Es bien triste ver llorar a Hermanas porque monasterios de muchos siglos no pueden seguir y hay que buscar soluciones para que ellas puedan vivir su consagración con paz y con la alegría de darse del todo al Señor. Os pido, hermanos diocesanos, oración y ayuda para actuar según Dios en todos estos casos.

Pero no quiero quedarme en este aspecto del asunto. No me resisto en dirigirme a todos vosotros para que la Iglesia en Toledo nunca olvide la belleza de la vocación contemplativa que está contenida en aquella expresión tan fuerte y rotunda de Santa Teresa de Jesús: “*Sólo Dios basta*”. ¿Qué está diciendo la Santa? Sería muy poco acertado la opinión que viniera a decir: “Deja todo lo humano, sólo pienses en Dios”. ¿Acaso Dios no es todo, Aquel que hace amable todo lo creado? Para quien entra en el claustro y ofrece su vida para la vida de la Iglesia, para la felicidad de todos, ¿no se cumplen sus deseos de plenitud humana y divina? ¿Se trata de oponer Dios a sus criaturas, sobre todo a los hombres y mujeres? Sinceramente no. Se trata de que nada es comparable ni equiparable a Dios; que sin Dios, manifestado por Cristo en el Espíritu Santo, nada es estable, ni amable y todo se vuelve contra nosotros.

Santa Teresa, como tantas santas mujeres contemplativas, no envidian a nadie y se sienten plenas y realizadas como mujeres. “Sólo Dios basta” tiene el rostro concreto de Jesús, el Hijo de Dios, que, en confesión de san Pablo “me amó y se entregó por mí”. Como expresa una monja clarisa: “Cuando el Señor irrumpió en mi vida, no podía imaginar lo mucho que Dios había soñado para mí, ni la preciosa historia de salvación que me tenía preparada, a través de la cual, como María y junta a Ella, me invitaba a proclamar su grandeza, desde la vida contemplativa claustral, *escondida con Cristo en Dios (cfr. Col 3,3), y dedicada sólo a Él*”. Y prosigue: creía que “lo tenía todo” hasta que Jesús pobre y crucificado se me hizo el encontradizo, y hubo una experiencia con Él particularmente fuerte, inefable. “Sólo Dios basta” es la clave –nos dicen las contemplativas– para salir de uno mismo y lanzarse con decisión, empeño y valentía hacia tantas periferias que la vida ofrece, cerca o lejos, en el propio ser o en los que nos rodean. Como si el claustro hubiera sido impedimento alguno para que Santa Teresa del Niño Jesús volara hacia todas partes, hacia las

misiones o para llegar hasta aquellos que necesitaban lo que más nos falta: sentido de Dios y su amistad. Como si Santa Teresa necesitara diversiones para pasar su tiempo, y no hubiera querido vivir mil vidas para la donación que supone el ejercicio activo de la caridad, o la oración continua o la intercesión permanente, en la acogida o en la ofrenda de su vida.

Las Monjas contemplativas no necesitan apenas nada: saben dónde encontrar ayuda y socorro: en su Señor. Han escogido la mejor parte. Eso es verdad. Pero es verdad que su vida y sus casas son monumentos que muestran una cultura valiente y evocadora que podemos perder, si entre todos no abordamos el tema siguiente: la vida centrada en Cristo, como el tesoro escondido; la vida entregada “para siempre”, de por vida, es posible y necesaria. Estamos cansados de muchas vaciedades, cosas que nos aturden y no llenan. Demos gracias a Dios por el don de la vida consagrada de las monjas contemplativas, que tanto embellece el Rostro de Cristo, que resplandece en su Iglesia.

✠ Braulio Rodríguez Plaza  
Arzobispo de Toledo y Primado de España